CAPÍTULO II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la Sobrina y Ama de Don Quixote, con otros sucesos graciosos.

Cuenta la historia, que las voces que oyéron Don Quixote, el Cura y el Barbero, eran de la Sobrina y Ama, que las daban, diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á Don Quixote, y ellas le defendian la puerta ¿que quiere este mostrenco en esta casa? ídos á la vuestra, hermano, que vos sois y no otro, el que destrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales. Á lo que Sancho respondió: Ama de Satanas, el sonsacado y el destraido y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una

una Ínsula, que hasta agora la espero. Malas Ínsulas te ahoguen, respondió la Sobrina, Sancho maldito ¿y que son Ínsulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres? No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que quatro ciudades y que quatro Alcaldes de Corte. Con todo eso, dixo el Ama, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias: id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dexáos de pretender Ínsulas ni ínsulos. Grande gusto recebian el Cura y el Barbero de oir el coloquio de los tres; pero Don Quixote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algun monton de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le llamó y hizo á las dos que callasen y le dexasen entrar. Entró Sancho, y el Cura y el Barbero se despidiéron de Don Quixote, de cuya salud desesperáron, viendo quan puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y quan embebido en la simplicidad de sus mal andantes caballerías, y así dixo el Cura al Barbero: vos veréis, compadre, como quando ménos lo pensémos nuestro hidalgo sale otra vez á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

volar la ribera. No pongo yo duda en eso, respondió el Barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero, como de la simplicidad del escudero, que tan creido tiene aquello de la Ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco quantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dixo el Cura, y estémos á la mira, verémos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjáron á los dos en una mesma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valian un ardite. Así es, dixo el Barbero, y holgara mucho saber que tratarán ahora los dos. Yo seguro, respondió el Cura, que la Sobrina, ó el Ama nos lo cuenta despues, que no son de condicion que dexarán de escucharlo. En tanto Don Quixote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dixo: mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fuí el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salímos, juntos fuímos y juntos peregrinámos: una mesma fortuna y una mesma suerte ha corrido por los dos: si á ti te manteáron una vez, á mí

me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho, porque, segun vuesa merced dice, mas anexas son á los caballeros andantes las desgracias, que á sus escuderos. Engáñaste, Sancho, dixo Don Quixote, segun aquello: *quando caput dolet*, etc. No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho. Quiero decir, dixo Don Quixote, que quando la cabeza duele, todos los miembros duelen: y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte, pues eres mi criado, y por esta razon, el mal que á mí me toca ó tocare, á ti te ha de doler, y á mí el tuyo. Así habia de ser, dixo Sancho; pero quando á mí me manteaban, como á miembro, se estaba mi cabeza detras de las bárdas mirándome volar por los ayres, sin sentir dolor alguno: y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, habia de estar obligada ella á dolerse dellos. ¿Querrás tú decir agora, Sancho, respondió Don Quixote, que no me dolia yo quando á ti te manteaban? y si lo dices, no lo digas, ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entónces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo. Pero

dexemos esto aparte por agora, que tiempo habrá donde lo ponderémos y pongamos en su punto: y dime, Sancho amigo, ¿que es lo que dicen de mí por ese Lugar? ¿en que opinion me tiene el vulgo, en que los hidalgos, y en que los caballeros? ¿Que dicen de mi valentía? ¿que de mis hazañas? ¿y que de mi cortesía? ¿Que se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada órden caballeresca? Finalmente quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oidos: y esto me has de decir, sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna, que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ó otro vano respeto la disminuya: y quiero que sepas, Sancho, que si á los oidos de los Príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan, es la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te

he preguntado. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dixere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegáron á mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quixote: bien puedes, Sancho, hablar libremente, sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo, dixo, es, que el vulgo tiene á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no ménos mentecato. Los hidalgos dicen, que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto Don, y se ha arremetido á caballero con quatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atras y otro adelante. Dicen los caballeros que no querrian que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles (1), que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Eso, dixo Don

(1) El nombre de *hidalgos escuderiles* se deriva segun siente el P. Guardiola (*Tratado de los Titulos*, etc., p. 70.) de las armas que usaban, que eran escudos, porque peleaban á pie con *escudos blancos*, y hasta que hacian alguna cosa notable no podian ser caballeros.

Quixote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamas remendado: roto bien podria ser, y el roto mas de las armas que del tiempo. En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos dicen, loco, pero gracioso: otros, valiente, pero desgraciado: otros cortes, pero impertinente, y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni á mí nos dexan hueso sano. Mira, Sancho, dixo Don Quixote, donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida: pocos, ó ninguno de los famosos varones que pasáron, dexó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo Capitan, fué notado de ambicioso y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alexandro, á quien sus hazañas le alcanzáron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos se cuenta, que fué lascivo y muelle. De Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura que fué mas que demasiadamente rixoso, y de su hermano que fué lloron.

Así que, ó Sancho, entre las tantas calumnias de buenos bien pueden pasar las mias, como no sean mas de las que has dicho. Ahí está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho. ¿Pues hay mas? preguntó Don Quixote. Aun la cola falta por desollar, dixo Sancho: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado, mas si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca hecho Bachiller, y yéndole yo á dar la bien venida, me dixo que andaba ya en libros la *HISTORIA* de vuesa merced, con nombre *DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA*: y dice que me mientan á mí en ella con mi mesmo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasámos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado, como las pudo saber el historiador que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dixo Don Quixote, que debe de ser algun sabio encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les en-

010293

cubre nada de lo que quieren escribir. Y como, dixo Sancho, si era sabio y encantador, pues, segun dice el Bachiller Sanson Carrasco (que así se llama el que dicho tengo) que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena. Ese nombre es de Moro, respondió Don Quixote. Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oido decir que los Moros son amigos de berengenas. Tú debes, Sancho, dixo Don Quixote, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir señor. Bien podria ser, replicó Sancho, mas si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volándas. Harásme mucho placer, amigo, dixo Don Quixote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho: y dexando á su señor, se fué á buscar al Bachiller, con el qual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasáron un graciosísimo coloquio.

CAPÍTULO III.

Del ridículo razonamiento que pasó entre Don Quixote, Sancho Panza, y el Bachiller Sanson Carrasco.

Pensativo ademas quedó Don Quixote esperando al Bachiller Carrasco, de quien esperaba oir la nuevas de sí mesmo, puestas en libro, como habia dicho Sancho, y no se podia persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enxuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso imaginó que algun sabio, ó ya amigo, ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las mas señaladas de caballero andante: si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debaxo de las mas viles, que de algun vil escudero se hubiesen escrito: puesto,

decia entre sí, que nunca hazañas de escuderos se escribiéron: y quando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandíloqua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algun tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era Moro, segun aquel nombre de Cide, y de los Moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y chimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso: deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando Reynas, Emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos: y así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones le halláron Sancho y Carrasco, á quien Don Quixote recibió con mucha cortesía. Era el Bachiller, aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendria hasta veinte y quatro años, cariredondo, de na-

riz chata y de boca grande, señales todas de ser de condicion maliciosa, y amigo de donayres y de burlas, como lo mostró en viendo á Don Quixote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole: deme vuestra grandeza las manos, señor Don Quixote de la Mancha, que por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las quatro primeras, que es vuesa merced uno de los mas famosos caballeros andantes que ha habido, ni aun habrá en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli que la historia de vuestras grandezas dexó escritas, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes. Hízole levantar Don Quixote, y dixo: desa manera ¿verdad es que hay historia mia, y que fué Moro y sabio el que la compuso? Es tan verdad, señor, dixo Sanson, que tengo para mí que el dia de hoy estan impresos mas de doce mil libros de la tal historia: si no dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Ambéres, y á mí se me trasluce que no ha de

haber nacion ni lengua donde no se traduzca (1). Una de las cosas, dixo á esta sazon Don Quixote, que mas debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre, por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa : dixe con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualará. Si por buena fama y si por buen nombre va, dixo el Bachiller, solo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el Moro en su lengua y el christiano en la suya, tuviéron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgracias como en las heridas : la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced

(1) Bien se dexa entender que estos doce mil libros impresos son de la Parte I. de esta Historia. Mas adelante en el cap. XVI, se dice que *se habian impreso treinta mil volumenes.* Ajustó bien la cuenta Cervantes en uno y otro lugar. Es natural tuviese para ella noticias verdaderas, aunque mas abundantes en un lugar que en otro. Aquí cita las ediciones de Portugal, Barcelona, Valencia, é insinua la de Amberes; pero deben añadirse las de otras partes, de que existen todavia exemplares.

y de mi señora Doña Dulcinea del Toboso. Nunca, dixo á este punto Sancho Panza, he oido llamar con Don á mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objecion de importancia esa, respondió Carrasco. No por cierto, respondió Don Quixote; pero dígame vuesa merced, señor Bachiller ¿que hazañas mias son las que mas se ponderan en esa historia? En eso, respondió el Bachiller, hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos : unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á vuesa merced le pareciéron Briaréos y gigantes, otros á la de los batanes : este á la descripcion de los dos exércitos, que despues pareciéron ser dos manadas de carneros : aquel encarece la del muerto, que llevaban á enterrar á Segovia : uno dice, que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes, otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes (1) Benitos, con la pendencia del valeroso Vizcaino. Dígame,

(1) Acaso en el original del autor se diria *monges Benitos*, sin que deba extrañarse esta errata de imprenta, pues otras mas disonantes se cometieron en la primera edicion publicada el año de 1605.

señor Bachiller, dixo á esta sazon Sancho ¿entra ahí la aventura de los Yangüeses, quando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo? No se le quedó nada, respondió Sanson, al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el ayre sí, y aun mas de las que yo quisiera. Á lo que yo imagino, dixo Don Quixote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibaxos, especialmente las que tratan de caballerías, las quales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos. Con todo eso, respondió el Bachiller, dicen algunos que han leido la historia, que se holgaran, se les hubiera olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros diéron al señor Don Quixote. Ahí entra la verdad de la historia, dixo Sancho. Tambien pudieran callarlos por equidad, dixo Don Quixote, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia, no hay para que escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. Á fe que no fué tan piadoso Enéas como Virgilio le

pinta, ni tan prudente Ulíses como le describe Homero (1). Así es, replicó Sanson; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas, no como fuéron, sino como debian ser, y el historiador las ha de escribir, no como debian ser, sino como fuéron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda á decir verdades ese señor Moro, dixo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los mios, porque nunca á su merced le tomáron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de todo el cuerpo; pero no hay de que maravillarme, pues como dice el mesmo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarron sois, Sancho, respondió Don Quixote, á fe que no os falta

(1) Parece aludio aquí Cervantes al *Orlando* del Ariosto, que segun la traducion del capitan Urrea dice en el cant. XXXIV, oct. 24 y 25.

No tan piadoso Eneas, no Aquiles fuerte,
Fue, como es fama; ni Ector asi fiero, etc.

No fue asi sancto ni benigno Augusto
Como la trompa de Vergilio suena.

Vease la nota puesta antes, pag. 42.

memoria, quando vos quereis tenerla. Quando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dixo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aun se están frescos en las costillas. Callad, Sancho, dixo Don Quixote, y no interrumpais al señor Bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia. Y de mí, dixo Sancho, que tambien dicen, que soy yo uno de los principales presonages della. Personages, que no presonages, Sancho amigo, dixo Sanson. ¿Otro reprochador de voquibles tenemos? dixo Sancho, pues ándense á eso, y no acabarémos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el Bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia mas oiros hablar á vos, que al mas pintado de toda ella, puesto, que tambien hay quien díga, que anduvístes demasiadamente de crédulo en creer que podia ser verdad el gobierno de aquella Ínsula ofrecida por el señor Don Quixote, que está presente. Aun hay sol en las bardas, dixo Don Quixote, y miéntras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años, estará mas idóneo

idóneo y mas hábil para ser Gobernardor, que no está agora. Por Dios, señor, dixo Sancho, la Ísla qne yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen: el daño está en que la dicha Ínsula se entretiene, no sé donde, y no en faltarme á mí el caletre para gobernarla. Encomendadlo á Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dixo Sanson, que si Dios quiere, no le faltarán á Sancho mil Ísias que gobernar, quanto mas una. Gobernadores he visto por ahí, dixo Sancho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato, y con todo eso los llaman Señoría, y se sirven con plata. Esos no son Gobernadores de Ínsulas, replicó Sanson, sino de otros gobiernos mas manuales: que los que gobiernan Ínsulas, por lo ménos han de saber gramática. Con la grama bien me avendria yo, dixo Sancho, pero con la tica, ni me tiro, ni me pago, porque no la entiendo; pero dexando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes donde mas de mí se sirva, digo, señor Bachiller Sanson

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1975 MONTERREY, MEXICO

Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto, que el autor de la historia haya hablado de mí, de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan, que á fe de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de christiano viejo como soy, que nos habian de oir los sordos. Eso fuera hacer milagros, respondió Sanson. Milagros ó no milagros, dixo Sancho, cada uno mire como habla ó como escribe de las presonas, y no ponga á troche moche lo primero que le viene al magin. Una de las tachas que ponen á la tal historia, dixo el Bachiller, es, que su autor puso en ella una novela, intitulada: *El Curioso Impertinente*, no por mala, ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced el señor Don Quixote. Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro berzas con capachos. Ahora digo, dixo Don Quixote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algun ignorante hablador, que á tiento y sin algun discurso se puso á escribirla, salga lo que saliere, como hacia Orbaneja, el pintor de Úbeda, al qual preguntándole que pintaba, respondió, lo que salie-

re: tal vez pintaba un gallo de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas (1) escribiese junto á él, *este es gallo*: y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla. Eso no, respondió Sanson, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran, y finalmente es tan trillada y tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apénas han visto algun rocin flaco, quando dicen,

(1) *Con letras grandes*, parece deberia decir, porque un letrero en gótico, cuyo caracter se desusó en el reynado de Don Alonso VI, conquistador de Toledo y su tierra, puesto en un quadro de los tiempos de Cervantes para declarar la significacion de sus figuras, era para el público de mucho mas dificil inteligencia, que las mismas pinturas y moharrachos de Orbaneja. Fuera de que no es menos dificil de creer que este pintor de mala mano supiese formar caracteres góticos. Así pues, este deberá considerarse como un yerro de imprenta, conforme al estilo del autor, que aplicó este adjetivo al sustantivo *letras* en otros tres lugares de esta misma Parte II. En el cap. XX, dice: *traian á sus espaldas en pergamino blanco y* letras grandes *escritos sus nombres*. En el XLI: *en el qual* (pergamino) *con* grandes letras *de oro estaba escrito lo siguiente*. En el LXII: *le cosieron con* letras grandes, etc. De Orbaneja vuelve á hablar Cervantes en el cap. LXXI de esta misma Parte II.

allí va Rocinante, y los que mas se han dado á su letura son los pages. No hay antecámara de Señor, donde no se halle un Don Quixote: unos le toman si otros le dexan, estos le embisten y aquellos le piden. Finalmente la tal historia es del mas gustoso y ménos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por seméjas, una palabra deshonesta, ni un pensamiento ménos que católico. Á escribir de otra suerte, dixo Don Quixote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen, habian de ser quemados, como los que hacen moneda falsa: y no sé yo que le movió al autor á valerse de novelas y cuentos agenos, habiendo tanto que escribir en los mios: sin duda se debió de atener al refran: de paja y de heno, etc. (1) Pues en verdad, que en solo manifestar mis pensamientos, mis sospiros y mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos, pudiera hacer un volúmen mayor, ó tan grande, que el que pueden hacer todas las

(1) Vease P. I. t. III, p. 198.

obras del Tostado (1). En efeto lo que yo alcanzo, señor Bachiller, es que para componer historias y libros de qualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento: decir gracias y escribir donayres, es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en quanto á verdad; pero no obstante esto hay algunos que así componen y arrojan libros de sí, como si fuesen buñuelos. No hay libro tan malo, dixo el Bachiller, que no tenga algo bueno. No hay duda en eso, replicó Don Quixote; pero muchas veces acontece, que los que tenian méritamente grangeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa, la perdiéron del todo, ó la menoscabáron en algo. La causa deso es, dixo Sanson, que como las obras

(1) Cuyas obras constan de 24 tom. fol. que se imprimieron en Venecia por diligencia de Antonio Polo, canónigo de Cuenca, de donde pasó á aquella ciudad á cuidar de la edicion.

impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto mas se escudriñan, quanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores siempre, ó las mas veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos agenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo. Eso no es de maravillar, dixo Don Quixote, porque muchos Teólogos hay, que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas ó sobras de los que predican. Todo esto es así, señor Don Quixote, dixo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran mas misericordiosos, y ménos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que *si aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la ménos sombra que pudiese: y quizá podria ser que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene: y así digo, que es grandísimo el riesgo á que se

pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente á todos los que le leyeren. El que de mí trata, dixo Don Quixote, á pocos habrá contentado. Ántes es al reves, que como de *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia, y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quien fué el ladron que hurtó el rucio á Sancho, que allí no se declara, y solo se infiere de lo escrito que se le hurtáron (1), y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mesmo jumento, sin haber parecido: tambien dicen, que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra, y hay muchos que desean saber que hizo dellos, ó en que los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que

(1) Este pasage es uno de los que prueban que Cervantes no revio su obra, segun han observado algunos; pues en dos lugares de la Parte I, que es la censurada aquí por Sanson Carrasco, dice que el ladron que robó el asno á Sancho Panza, fue Gines ó Ginesillo de Pasamonte. Vease el cap. XXIII, p. 78.

faltan en la obra. Sancho respondió: yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas, ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estómago que, si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía: en casa lo tengo, mi oislo (1) me aguarda, en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos: y sin esperar respuesta, ni decir otra palabra, se fué á su casa. Don Quixote pidió y rogó al Bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el Bachiller el embite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmiéron la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.

(1) Esto es, *mi muger*. Vease Part. I, tom. II, cap. VII, pag. 103.

CAPÍTULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.

Volvió Sancho á casa de Don Quixote, y volviendo al pasado razonamiento, dixo: á lo que el señor Sanson dixo, que se deseaba saber, quien, ó como, ó quando se me hurtó el jumento, respondiendo digo, que la noche mesma que huyendo de la Santa Hermandad nos entrámos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metímos entre una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio molidos y cansados de las